

Buenos Aires en el cambio de siglo: un lugar para el conflicto (1880-1910)

Francisco Calvo

Introducción

En la época en la que sitúo este trabajo, el cambio de siglo, la ciudad de Buenos Aires estaba llamada a ser una gran urbe. Sus grandes hombres compartían el sueño de una metrópoli pacífica y feliz, que se dirigía a la celebración del Centenario de la Independencia con los augurios que presta cualquier ensoñación. Pero si algo le dio fama a la ciudad en aquella época, frente a la metrópoli del orden, fue el despuntar del otro Buenos Aires: la ciudad proletaria y del conflicto. Por esta razón, una de las premisas básicas que el poder intentó hacer suya fue la de pacificar un campo social insumiso y escindido. No había lugar para otro Buenos Aires que no fuera el proyectado por sus gestores.

Aquella ciudad no ofrecía destinos blandos; aquella ciudad marcaba. El orden o la expulsión. Era urgente afrontar la gobernabilidad de lo social en un enclave que intentaba convertirse, a pasos forzados, en la metrópoli del capital. Así es como hemos de interpretar a la Buenos Aires de la época: como el producto de un proceso de producción capitalista que se va conformando en un espacio de convergencia normalizado y racionalizado de individualidades y colectividades a través del control de las poblaciones y de la organización normativa del territorio. Lo podríamos llamar la gobernabilidad de la metró-

poli, cuyo contenido principal no son los espacios sino los individuos. Los espacios urbanos, en cambio, se conforman según las necesidades que son requeridas por el poder municipal.

La urbanización capitalista en Buenos Aires abrigaba las esperanzas de conseguir un orden utópico en el que sólo tenían cabida los individuos dóciles y útiles, reduciendo a su mínima expresión los encuentros y acciones desordenadas, fuera de la norma. Lo que se pretendía extirpar de las grandes masas de ciudadanos era esa "lepra moral" de la que hablaba Santiago de Estrada en 1889, en sus *Viajes y otras páginas literarias*, y que guardaban en sus entrañas aquellos inmigrantes de las catacumbas de la gran metrópoli. Siete de cada diez habitantes de Buenos Aires, en esos años, eran recién llegados. Depurarlos, convertirlos en materia prima —fuerza de trabajo— y expulsar a los irreductibles se convirtió en el programa de acción política de aquellos que no toleraban fisuras en la utopía del orden y la paz. Quizá sin mucha jactancia, pero sí con mucha verdad y convicción, la divisa de gobierno que la oligarquía en el poder quiso ofrecer fue aquella que el general Julio A. Roca propuso como de "Paz y Administración": "en cualquier punto del territorio argentino en que se levante un brazo fraticida, o en que estalle un movimiento subversivo contra una autoridad constituida, allí estará todo el poder de la nación para reprimirlo".¹ Éste será el marco

político, como indica J. C. Portantiero,² a partir del cual la "cuestión social" se hace problemática para el poder y en donde la ciudad de Buenos Aires aparece como un espacio convergente de conflictos y nuevas vías de fuga a un encuadramiento urbano que intentará cancelarlas. La lógica de las revueltas y resistencias urbanas se inscribe en ese margen de maniobra que para el poder se presentaba como imprevisible. Esto hacía que tuviera la posibilidad de seguir siendo una ciudad abierta —todavía hoy lo es— a diversas formas de querer vivirla; lugar en donde licitaron, a veces sin tregua, los dos Buenos Aires, el del orden y el de la resistencia al mismo.

De esta forma, este análisis pretende poner de manifiesto una cierta forma de crisis social que irrumpe en un territorio social concreto, el de la ciudad de Buenos Aires, que en el cambio de siglo fue testigo de ciertos antagonismos. Campo de batalla en el que no se ha pretendido situar las luchas en el orden de grandes colectividades, aunque se hable, repetidamente, de un anarquismo como movimiento de lucha, que sí poseería una dimensión considerable —aunque profundamente institucionalizado— un poco más allá del periodo en que se sitúa este trabajo. Mi intención es proclamar que toda lucha en un sitio urbano tiene sus rastros en una vida cotidiana que, a la vez, es objeto de requisa por parte del poder municipal. De hecho, los procesos de dominación y resistencia que han ido instalándose en las ciudades, obedecen más a una guerra de posiciones —si se me permite la metáfora bélica— que a una guerra de movimientos. Posiciones que se establecen en lo cotidiano, como antagónicas e irreductibles, y que después, como ocurrió con el movimiento obrero argentino, sindical y anarquista, cristalizarían en ideologías y organizaciones sólidas, en una época que, tras la batalla perdida por una autonomía política total, inagurará las primeras formas de presión corporativa sobre un estado al que ya no se pretenderá destruir.³

Relatar estas posiciones sería un paso previo para el estudio posterior de las grandes huelgas, los sindicatos de masas, los partidos obreros, etcétera, de los cuales en estas páginas sólo encontraremos su génesis. Sería un orden de aconte-

cimientos que permitiría escribir una "historia desde abajo" del movimiento obrero en las ciudades; una forma de reexamen de los resultados acumulados de la consabida "historia desde arriba". Asimismo, las páginas que siguen no pretenden ser una estricta indagación de una época conflictiva —algo que requeriría mucho más espacio del que se le dedica— sino más bien un intento de apuntar, como en una colección de estampas, los datos elementales de los sueños y las pesadillas que se cernieron sobre aquella capital en el cambio de siglo y cuyo cielo, siempre azul, mintió a tantos hombres y mujeres que en ella habían puesto todas sus esperanzas.

La expansión de una metrópoli de ciudad-colonial a ciudad-fábrica

Buenos Aires es... la ciudad del devenir

Jules Huret certificó, con su mirada viajera, el carácter expansivo y de crecimiento desbordante que poseía la ciudad en su visita de 1911, que al desprenderse para siempre del modelo colonial, incrementaba en magnitud y complejidad hasta alcanzar un desarrollo a un ritmo exponencial. La ciudad se transformaba, estaba en devenir, nos venía a decir este existencialista de principios de siglo. Esa imagen del devenir era precisamente la de un mapa sin forma definida, a semejanza de un estallido que desbordaba las formas urbanas clásicas del urbanismo colonial de Juan Herrera. No era sólo la suma de unas partes, sino el proceso de emergencia de algo nuevo, de una ciudad que generaba otra ciudad. Horacio A. Difieri nos dice de ella:

Su raíz metafísica es menos rica que la anterior ciudad templaria, pero es más dinámica; mantiene vagamente ciertos altos fines, pero los va perdiendo de vista, reemplazados por otros que resultan ser fantasmales: la bolsa, la especulación, el lucro, la máquina, la demolición de la historia.⁴

Apenas treinta años antes de la mirada de Huret, Buenos Aires era convertida en capital

de la nación en manos del general Julio A. Roca, como la expresión física y social de una sociedad conservadora a la cual representaba. La gestión de la ciudad recaía en el intendente Torcuato de Alvear y en su más próximo colaborador, el arquitecto y urbanista Juan A. Buschiazzi, ambos conocedores de los proyectos de remodelación de París —iniciados algunas décadas antes— que se convertirían en paradigma y modelo de gran parte de la remodelación bonaerense.

La concebida por Alvear se caracterizó por tres vértices principales: el ornato, la higiene y el orden, que no fueron aplicados en la misma medida para todos los barrios de la ciudad. Se distinguía claramente entre centro y periferia: en el centro, la excelencia, el ornato y el orden; en la periferia, donde empezaban a radicar grandes contingentes de inmigrantes, el orden y la higiene. Para el Buenos Aires de la clase alta se priorizaba la ciudad moderna, bella, europea. Parques, avenidas y monumentos. Los criterios básicos eran el ordenamiento de la circulación, no sólo de objetos sino también de sujetos, la armonía de los edificios, la rectitud del trazado de las calles y la regulación de las actividades, casi todas ellas terciarias. El deseo de inmunidad del centro con respecto a las epidemias —hay que tener presente la epidemia de “vómito negro” que azotó parte del centro en 1871— propulsó, de forma segregacionista, el higienismo municipal con reglamentos de policía, construcción de redes de agua corriente y cloacas, adoquinaje de las calles, limpieza municipal y salubridad del inquilinato más sospechoso. La zona más insalubre del centro, la más próxima a la Plaza de Mayo, fue abandonada por las clases acomodadas a partir de 1880, que no se fiaron de las medidas municipales al respecto y se trasladaron al norte de la zona centro. Esto permitió la llegada a la zona de los trabajadores de los mataderos, de los saladeros, de los frigoríficos, además de los contingentes urbanos que suelen acompañar a toda expedición proletaria: prostitutas, perseguidos por la ley, inmigrantes desocupados, etcétera. Actores principales del callejeo más genuinamente porteño que no tuvieron ningún reparo en ocupar las viviendas que las clases pudientes habían abandonado y que, si bien pa-

recían en apariencia sólidamente habitables, al cabo de poco tiempo eran ya focos de desorden y mal vivir. Almafuerte cantó las miserias y grandezas de este grupo social al que la vieja oligarquía llamaba despectivamente “chusma”. En los labios de este poeta rezuman el resentimiento y la legítima indignación que casi nadie intuía cuando él los descubrió:⁵

Jadeante, grotesca, inasible,
 Por tenaz, por insólita y vaga,
 Soportando por siglos de siglos,
 Minuto a minuto la cúpula humana:
 Así está la misérrima plebe,
 La inmortal, invencible alimaña
 Que los tercios lebreles vigilan
 Y acosan y aturden y aprietan y aplastan.

El desdoblamiento del centro se produjo a partir de una medicalización social de estos “bárbaros” de ciudad como efecto de una doble intervención. Por un lado, con la construcción de un nuevo espacio destinado a absorber el crecimiento expansivo de la metrópoli sobre los espacios que albergaban otros usos. Por otro lado, la adaptación, asimilación y aprovechamiento del espacio en cuestión. Estaba claro hacia dónde apuntaba esta intervención: hacia las viviendas ocupadas. Es fácil deducir que no todos los paseos y avenidas del centro eran elegantes. El paseo del 9 julio, en el que se levantaba la fachada principal de la casa de gobierno, era el punto de reunión más importante de los colectivos errantes. Abundaban los cafés, en los cuales no se conversaba amablemente sobre temas importantes, ni se leía el periódico; simplemente se iba a beber. Disponían en cambio de amplias salas de billares donde los hombres pasaban su tiempo jugando. Entre el paseo del 9 julio y el del 25 de mayo predominaban pensiones y bares. Aquí la población era extranjera casi en su totalidad, y a ella se sumaban marineros y vendedores ambulantes.⁶ Vagabundos y desocupados, desertores de la llamada de la movilización productiva, su expulsión del centro se presentaba como inminente.

El proceso de racionalización y normalización del centro era consecuente con la existencia de es-

tos rangos sociales de comportamientos desordenados. La especialización de los usos del centro como sede de las actividades más productivas determinó la expulsión de los restantes usos, entre ellos el residencial de las capas bajas, hacia la periferia. En este marco conflictivo adquiere pleno significado la construcción del gran boulevard de circunvalación a partir de 1890. En su plan se apelaba a una redistribución de los usos del suelo urbano del centro, proponiéndose el traslado del hospital de enfermos crónicos, el asilo de mendigos, el de alienados, el cementerio, el servicio de basuras, los corrales de abastecimiento y los cuarteles a ese futuro boulevard. Un proyecto de reubicación de esos servicios incómodos a la periferia de la ciudad —Boca, Riachuelo, Parque de los Patricios—, lo cual, fundamentado *a priori* en razones de higiene, daba la posibilidad al consistorio de liberar el uso urbano de los terrenos y especular con ellos. Al fin y al cabo, no sólo se libraban de esos servicios que estropeaban el paisaje urbano, sino que se libraban de toda la tropa de indeseables de los enclaves centrales. El ambiente arrabalero del tango y la prostitución pasó a una situación de eventual clandestinidad a los ojos del poder. Los administradores de la municipalidad trataban de romper las líneas de lo que ellos consideraban lo marginal, en un intento de conquistar ciertos usos del centro considerados inadecuados e ilegalizándolos en un acto, siempre fallido, de crear multiplicidades ordenadas y fieles al espíritu mercantilista del cual se intentaba dotar a la ciudad. La apertura de diagonales y avenidas en 1913 —planificada muchos años antes— ejemplifica esta actitud de neutralización política, de abrir el centro conflictivo al resto de la ciudad y hacerlo visible. Un proyecto que plasmó esta estrategia fue la consabida “reconquista del río”, para la cual se proponía la creación de la avenida Costanera Norte, a continuación del Puerto Nuevo, la complementación del balneario municipal con la Costanera Sur, la continuación de los jardines frente a la Casa de Gobierno y la unificación de la Plaza San Martín con la Plaza del Retiro. Estos cambios enlazaron y complementaron otra estrategia que impidiera la llegada al centro de colectivos no deseados me-

dante el control portuario. Los últimos clamores de la “civilización del cuero” contra la depredación que ejercía la ciudad de Buenos Aires con los recién llegados, son señalados en la época, con vehemencia, por un hombre del interior, Domingo F. Sarmiento:

El gobierno de Buenos Aires tendrá bajo sus pies a los pueblos del interior por la aduana del puerto único, como el carcelero a los presos por la puerta que custodia.⁷

Control de los flujos exógenos, de los itinerarios errantes que llegaban a la ciudad. En el mismo puerto, en concreto en la Dársena Norte, se hallaba la verdad oscura del Hotel de los Inmigrantes. Todavía hoy mantiene su aspecto siniestro y carcelario, las puertas de los barracones y la cúpula al estilo Bentham. Allí eran recibidos los que llegaban y se les registraba a efectos contables:

Tantas veces la ignorancia, la desidia o la mala fe de un funcionario policial alteraba definitivamente la grafía de un apellido, perturbando el sentido de las estirpes, lo único que del pasado solían cargar los recién llegados... Se los clasificaba, se les hacía lo que por entonces debía entenderse por control sanitario: una humillación o una violencia más... Aquella era la puerta de América.⁸

Si en un primer momento los inmigrantes procedían de ultramar, progresivamente, y sobre todo a partir del momento en que se cierra el acceso a la propiedad de la tierra a los más pobres, los flujos provienen del interior.⁹ Movilidad forzada que configuró ciertos sectores populares de marginación. Gauchos y criollos del interior, los más vistosos y rufianes —como también lo fueron italianos y españoles— eran, para la gente decente, vagos que concurrían con demasiada frecuencia a las pulperías donde desarrollaban su modesta mala vida. Gentes desenfundadas y del exceso, víctimas de la “civilización de la púa”, educados en el uso cotidiano del cuchillo.¹⁰ Donde hoy se levanta el Ministerio de Obras Públicas, entre Moreno y 9 de julio, estaba

la calle del Pecado, lugar preferido para las peleas de cuchilleros, muy frecuentes aunque posiblemente faltas de la grandeza mítica que generosamente les otorgó Borges.

Ciudad del dominio, ciudad de la insumisión

De la crisis a la disciplina

Es este marco de contrastes entre un Buenos Aires que se pretendía el París de Latinoamérica y el otro Buenos Aires, el del desorden múltiple, el que preanuncia importantes conflictos sociales.¹¹ Un Buenos Aires opulento de Centenario con la nueva imagen del centro, los jardines de Palermo, y la vida en los clubes de élite —carreras de caballos, polo, golf...—, cuyo costo quedaría ampliamente reflejado por el malestar proletario en los primeros años del siglo que comenzaba con las huelgas de inquilinos, la incipiente organización obrera, en los conatos revolucionarios anarquistas y, sobre todo, en respuesta a una Ley de Residencia que permitía la expulsión de los activistas inmigrados.

El primer alegato claro en favor de la ciudad-fábrica vino mediatizado en la forma como se gestionó la crisis de 1890. Días en que rumores como el de “si sube el oro bajará el presidente” presagiaban la transformación de una crisis económica en crisis política.¹² En el fondo, esta crisis de financieros, militares, políticos —ingleses—, da la debida cuenta del grado de mercantilización que en la época gozaba ya la ciudad de Buenos Aires, con la anulación en el espacio público de los usos alternativos al mercado; desde ese momento se intentó neutralizar a la capital de encuentros fortuitos sin finalidad productiva, y sustituir este espacio subjetivo por otro de maximización del valor del capital y su utilidad. El principal problema que suponía el derrocamiento del gobierno en aquellos días de la “Revolución del Parque” era, y más que ninguno, “el inconveniente para el tránsito de la ciudad”,¹³ dando a entender que la actividad normal de las empresas era inquebrantable, en un

intento de presentar una ciudad a pleno rendimiento.

Aprovechando esta presumible crisis de 1890 se alzaron las voces que aseguraban un auge finisecular. La expansión de Buenos Aires gozaría de instrumentos importantes para la consolidación de un modelo territorial afín a los intereses de una clase dominante acostumbrada a tomar el poder.¹⁴ Por un lado, se trataba, según el modelo, de pautar, vigiladamente, una economía basada en bienes de consumo —alimentos, bebidas, textiles...—, localizando en Buenos Aires, capital federal, y por extensión en toda la provincia, las industrias pertinentes, dada la determinación de factores convergentes que indicaban a la citada área como inmejorable para el establecimiento de las mismas.¹⁵ La otra cara del modelo de gobernabilidad que el poder hizo suyo, pretendía instalar un sistema de garantías políticas con el fin de alcanzar la paz social que el periodo requería: sociedad civil, política de partidos representativos, formación de una ciudadanía, etcétera. Hilda Sabato dice a este respecto que con la construcción de una esfera pública burguesa se intentaba hacer funcionar un espacio de mediación entre ciertos sectores de la sociedad y el poder político, intentando involucrar, o mejor dicho participar, a parte considerable de la población en actividades públicas que tuvieran efectos políticos.¹⁶

La crisis serviría, en el fondo, para la ordenación del sistema económico y del régimen político, siempre en las mismas manos. En estas coordenadas emergía la ciudad-fábrica como necesidad de reorganizar el espacio socio-territorial de gran calado que empezaba a significar Buenos Aires. La ciudad-fábrica exigía la organización unitaria de la ciudad, integrando a las masas obreras en territorios acotados de segregación social. Los ecos del plan de remodelación de la ciudad fueron considerables entre aquellos que buscaban una plataforma de difusión de la utopía capitalista —utopía del orden y la seguridad, del trabajo útil para todos y del bienestar— como prolegómeno a la pacificación de la urbe. La tarea de los soñadores de la gran ciudad se centró, entonces, en una “guerra” contra la indisciplina social y la construcción del muro del consenso. Las palabras de P. Baudín, a principios de siglo, dan una

certera idea del carácter inexcusable de la tarea a llevar a cabo y de la solidez institucional que la oligarquía en el poder pretendía establecer:

Ella [Argentina] evolucionará como todas las naciones. Pero es éste un temible ciclo que debe afrontar... No pudiendo eliminar de su territorio los elevados equívocos que le llegan de todas partes [...] su celosa vigilancia reviste alguna vez un aspecto autoritario. Ella respeta escrupulosamente la libertad e iniciativas individuales, pero su seguridad inmediata y el largo desarrollo de su porvenir le ordenan asimismo protegerse de los desbordes de los aventureros y de los agitadores.¹⁷

Desde esta perspectiva toma pleno sentido el desarrollo que a partir de esos años adquieren las políticas sociales, la otra cara de la crisis, como un grado más en la gobernabilidad de la ciudad. De esta forma, y coincidiendo con los índices de mayor expansión económica y urbana, se llevó a cabo el primer Plan de Urbanismo, que superaba en ambiciones a todos los intentos de transformación precedentes, y que fue realizado por el especialista francés J. Bouvard, en 1909. Se seguía la tradición filantrópica del higienismo, promocionado ya a partir de mediados del siglo XIX, al que se le sumaba la permanente búsqueda de soluciones a los problemas de una circulación congestionada debido al aumento de la densidad de población, las incesantes construcciones, las actividades económicas, la afluencia de peatones, los tranvías, etcétera.¹⁸

Las políticas sociales que se emprendieron como complemento a la remodelación de Buenos Aires para convertirla en la ciudad del capital, establecieron su lógica como negación del otro Buenos Aires, la ciudad proletaria, en un intento de conjugar las contradicciones que operaban ya en la metrópoli y las luchas que a partir de esos momentos se dieron, y cuya suerte, en contra de lo que pensaban los gobernantes, no estaba trazada de antemano. En este sentido es interesante ver con qué empeño se multi-

plican en la ciudad las sociedades de difusión de las ciencias dirigidas a las clases trabajadoras, actuando como "universidades populares" preocupadas por la elevación cultural de dichas clases y su integración al sistema.¹⁹ Medicalización del proletariado bonaerense, disolución, en definitiva, de las formas sólidas de saber y socialidad populares, intentando retirar a las asociaciones obreras el control de las redes de solidaridad, como el que tenían los gremios y que estructuraban la vida cotidiana. La Sociedad de la Luz, paradigma de este tipo de instituciones filantrópicas, enfatizó a partir de 1908 su propósito de hacer participar a los trabajadores del beneficio del conocimiento científico a través de dos doctores, principalmente, ligados al socialismo progresista, como fueron Horacio Damianovich y Ángel M. Giménez. Los intentos de reconciliación de intereses entre las clases enfrentadas por parte de los científicos al servicio del poder, quedan ampliamente manifestados en la inauguración de los cursos de la Sociedad de la Luz en ese mismo año:

El obrero quiere contemplar también el vasto horizonte de lo desconocido [...] Tanto el estudioso como el obrero son capaces de sentir el mismo éxtasis frente a las sublimidades de la naturaleza, ante la cual no existen diferencias entre el hombre de fortuna y el obrero, ni entre el hombre de ciencia y el obrero.²⁰

Perfilando esta actitud de carácter disciplinario por parte del poder, se van conformando las actitudes y modalidades de resistencia del proletariado urbano. Porque, y es importante señalarlo, la existencia de las políticas sociales se debían, principalmente, a la necesidad del poder de reconducir los conflictos sociales —no olvidemos que la huelga de inquilinos de 1907, de cierta magnitud, propició un cambio sustancial en la política de vivienda—, y a la necesidad de crear un margen para reorganizarlos en beneficio propio.²¹ El Código Nacional del Trabajo, el proyecto más ambicioso hasta la época sobre legis-

lación laboral y que entró en el Parlamento el 6 de mayo de 1904, fue uno de esos “derivativos” estratégicos que, lógicamente, fue reprobado tanto por la oposición de los sindicatos como por las organizaciones patronales. Éste será el hilo paralelo a la represión policial como respuesta normativa a las exigencias proletarias y que culminará con la creación de la Seguridad Social en 1910.²²

Por regla general, nunca se otorgaba lo que se pedía. Cuando el movimiento obrero argentino pidió la jornada de ocho horas, mejoras en el salario, control de las normas de trabajo o el reconocimiento de los sindicatos en las fábricas, obtuvo, menguadamente, un poco de legislación industrial, unas cuantas escuelas, algunas viviendas con las mínimas condiciones de salubridad, y poca cosa más. Entre las exigencias nacidas de la explotación y de la resistencia a la misma, de la condición obrera, en definitiva, y de las políticas sociales, existió un proceso de reformulación, de desplazamiento entre las demandas de los obreros y las ofertas de un poder que únicamente pretendía gestionar lo social de forma que no perjudicara el desarrollo económico, y que en un momento determinado, el fortalecimiento del movimiento obrero, mayoritariamente anarquista, ya no iba a tolerar.

Como se ha mostrado en reiteradas ocasiones, realizar una “cartografía” social del Buenos Aires de la época supone aceptar que, si bien hubo un aumento —estadístico— de los salarios reales y, por consiguiente, de las condiciones de habitabilidad, de salud y alimentación, por otro lado, la incertidumbre laboral y la sobrepoblación en la capital parecen haber sustraído muchas de esas posibles ventajas del crecimiento.²³ Esto supuso la permanencia de ciertas condiciones de vida populares y la creación de redes periféricas que, en algunos casos, solidificaron nuevos sistemas de solidaridad que escapaban al encuadramiento urbano, dando pie a posiciones no esperadas de indisciplina urbana que se ubicaron, principalmente, en esos refugios populares llamados “conventillos”.²⁴

Asimismo, como fórmula para la descentralización antes mencionada, se potenció la adquisición en propiedad de lotes de tierras pe-

riféricas, estando al alcance —al menos hasta 1910—, tan sólo del obrero especializado, el artesano y el empleado la adquisición de un pequeño lote y una casa modesta, negándosele, otra vez, al gran contingente proletario una vivienda digna.²⁵ El conventillo seguía siendo el paso obligado de los pobres en Buenos Aires; se impedía la mudanza a escondidas de esos espacios acotados en el aislamiento, específicos de marginación, en los que confluían, por un lado, las víctimas de la exclusión forzosa del sistema y, por otro lado, aquellos que voluntariamente rechazaban el circuito de la movilización productiva.

Una evaluación de la proporción de habitantes residentes en los conventillos nos muestra que de 1887 —año en que se supone— hasta 1904 —año en que ya habían empezado las grandes huelgas— no existe ninguna disminución, sino que, de forma crónica, se estabilizan las cifras, hasta llegar en este último año a un total de 138,188 habitantes sobre una población metropolitana absoluta de 950,890.²⁶ Esta abultada proporcionalidad de habitantes de conventillos, especialmente en San Telmo, Socorro y Boca, desataba epidemias de forma continua, lo cual llevaba a las autoridades municipales a la aprobación de múltiples disposiciones que obligaban a propietarios y, sobre todo, a inquilinos, a una seria restricción de los usos habitacionales. Eludir las significaba el desalojo. De esta forma los obreros no sólo tenían que aceptar la disciplina de la fábrica por el día, sino que también por la noche debían acatar los reglamentos del conventillo.

Hemos de entender que las condiciones de miseria de la clase obrera bonaerense denunciadas por médicos y filántropos de la época —es notorio y famoso el estudio que en su día realizó el doctor Gache, *Les longements ouvriers à Buenos Aires* (1900)— no suponían un esfuerzo por resolver el problema, ni de mejorar las condiciones de existencia de los obreros. Aníbal Latino, observador de la época, lo vislumbraba como un dispositivo de disciplina contra los más pobres:

Esos pobres, que las autoridades en vez de proteger vigilan cuidadosamente, porque

su miseria los hace más sospechosos de atentados contra la propiedad, y la ignorancia de atentados contra las personas.²⁷

Se trataba de prevenir y desarbolar, donde hiciera falta, todas las redes de solidaridad y de resistencia que los obreros construían en su propio territorio y que les daban una fuerza considerable, en coyunturas en que éstos iban a expresarse por medio de la lucha reivindicativa, el motín y la insurrección. Las políticas municipales reformistas —promoción de lotes de tierras, legislación de franquicias a particulares, construcción de viviendas sobre terrenos fiscales financiados por deuda, etcétera— obedecían más al deseo de acotar nuevos espacios de habitabilidad controlada que a cualquier otra causa. Barrios como el Buteler, el Patricios o el construido por la Sociedad Católica San Vicente de Paul, fueron claros ejemplos de cómo se formulaba la clasificación de categorías populares, señalándose entre los colectivos proletarios los que merecían la pena —de ser “civilizados” y “salvados” de tentaciones subversivas— y los irre recuperables. Éste fue el objetivo primordial de políticos como Juan F. Cafferata, que presentó al parlamento un proyecto de casas baratas como un intento de crear el espacio ideal de las conductas necesarias para la sumisión a la disciplina no sólo de un trabajo asalariado en plena transformación, sino también a una disciplina del vivir pacíficamente la ciudad. En cuanto a los irre recuperables para el poder, se trataba de reducir su número, de reprimirlos y, si era posible, de encerrarlos o deportarlos.²⁸

Buenos Aires, a sangre y fuego

En el Buenos Aires del orden que se intentaba imponer a principios de siglo se desató un frente antianarquista en el cual todo obrero inmigrante —casi todos lo eran— que disgustara a su patrono estaba expuesto a la expulsión de la ciudad, por representar un peligro para el orden público. El diario gubernamental *La Prensa*, alarmado por la creciente problemática de la marginalidad

urbana y sus ilegalismos, propuso la deportación de la fuerza de trabajo excedente a la colonización del agreste y lejano Chaco. El primero de agosto de 1897 más de cinco mil proletarios desocupados se reunieron en el teatro Doria de Buenos Aires en un acto de resistencia a su propia inmoliación como pioneros en la colonización de una región semitropical plagada de peligros y enfermedades.

La oligarquía planteaba toda la problemática surgida de los conflictos del trabajo y las reivindicaciones obreras no como un conflicto de clases, sino como un encuentro entre nativos y extranjeros, movidos estos últimos por la voluntad de disolver la sociedad que, supuestamente, los acogía.²⁹ El 23 de noviembre de 1902 el parlamento sancionaba la Ley de Residencia, quedando autorizadas la deportación o la expulsión a todo extranjero que comprometiera la “seguridad nacional”.³⁰ La suerte de los deportados y los expulsados era incierta. Sus padecimientos se iniciaban ya en el momento del arresto: incomunicación y separación absoluta de las familias, que quedaban a la deriva sin nadie que las mantuviera.

El primer frente de lucha contra estos atropellos se concretó en la primera huelga general que intentaba ahogar las arterias estratégicas de la economía agroexportadora. Las primeras voces y los primeros pasos que auguraban una revolución provocaron la declaración del estado de sitio. Se disponía el acuartelamiento de las tropas y el patrullaje de las calles. Al Regimiento 5o. de línea que el día 22 había sido enviado a custodiar el mercado central se le unió el 4o. de Caballería, que patrullaba las calles. Mil ochocientos soldados fuertemente armados se ubicaron en puestos estratégicos en la ciudad de Buenos Aires.³¹ La pacificación de la metrópoli se conjuraba por medio de la infiltración, vigilancia y represión de los colectivos proletarios a cargo de la Sección de Orden Social, dependiente de la Comisaría de Investigaciones.³²

Las protestas y escaramuzas derivaron en huelga y en la práctica de la violencia contra los rompeshuelgas y contra las propiedades de las compañías que los contrataban. El foco de los choques se trasladó del puerto al suburbio de la Bo-

ca, donde los huelguistas obstaculizaron tranvías y volcaron vagones. Los hechos desbordaron todas las previsiones y se convirtieron en una acción multitudinaria, con el trasfondo de una ciudad desbordada por los conflictos laborales y sociales que en aquel momento se desataban.

En los años siguientes, el periodo de 1903 a 1905, se repitieron los conflictos portuarios con más virulencia si cabe. De esta forma, el puerto de Buenos Aires se convertía en el nudo de agregación conflictiva más importante de la época.³³ La consolidación de las luchas embozaban ese punto crucial de la economía de la región. Un puerto convertido en cruce de caminos entre una resistencia proletaria y una enérgica reacción de los círculos económicos ligados a la exportación de productos agrícolas. Una exportación que significaba, al fin y al cabo, uno de los eslabones principales de la expansión económica de largo alcance y que caracterizaría el cambio en el sistema de estratificación social.³⁴

Estacionadas en la Boca, las patrullas recorrían este suburbio y Barracas. Se comportaban como una fuerza expedicionaria en una ciudad ocupada, al golpear a transeúntes, destrozaron los clubes obreros y arrestar arbitrariamente a quienes suponían agitadores. Asimismo, acompañaban a los rompehuelgas que se dirigían al trabajo. "Tierra de Fuego" fue la notoria denominación de este territorio en pie de guerra. Esquinas de agresión y de soledad, donde hombres furtivos se llamaban silbando y se dispersaban en la oscuridad, en la noche lateral de los callejones. Esquina final de una ciudad de duelos individuales y colectivos con la policía.

No es aventurado afirmar que este panorama de insumisiones y represión fermentaría el terrorismo urbano que eclosionó en la Semana Trágica del 1 de mayo de 1919, tenue reflejo de los mismos crímenes que cometió el poder. Un anarquista de aquellos años, Rafael Barret, veía de esta forma, en julio de 1910, el origen del terrorismo en Buenos Aires:

Los poseedores afirman que el terrorismo es importado. ¿Pero por qué no estallan bombas en Inglaterra, ni en Suiza, repleta de terroristas? No. Las bombas estallan don-

de hacen falta y hay motivo para ello: Rusia, España, Argentina. El credo revolucionario de los pobres no viaja ya en los bolsillos de los profetas. El anarquismo es hoy una atmósfera moral que penetra los últimos escondrijos del globo, y querer detenerlo en la dársena es querer detener el viento. Bloquead Buenos Aires y la convertiréis en bomba máxima.³⁵

Estas observaciones nos hacen adivinar que la construcción de una ciudad-fábrica del consenso no contaba con la aprobación de la otra cara de la moneda: aquella que representaba a los que no gozaban con la explotación que les infligían y plantaban cara a las prácticas y a los discursos de un poder que les aplacaba su forma de disenter. Estaban contra un sistema político muy restrictivo —que los partidos representativos ingenuamente denunciaban—, practicando formas autónomas de lo que ellos consideraban lucha política, en las antípodas de lo que los socialistas entendía por política, o sea, la lucha electoral como fórmula de combate institucional para la democratización del estado. El descrédito de este modelo llevó a los militantes anarquistas, agrupados alrededor de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), a la búsqueda de nuevas representaciones de revolución social. Sus principales métodos de acción eran la huelga general, el rechazo de intermediarios de interlocución entre los patronos y los obreros, cuotas de solidaridad para los huelguistas, rotación de los puestos de trabajo para evitar el desempleo y violencia directa contra los capitalistas más intransigentes.³⁶

Estimulados por el agravamiento de la conflictividad social y laboral, y en consonancia con el ambiente revolucionario que se respiraba en Europa, los anarquistas agudizaron sus prácticas más agresivas a partir de 1906 hasta la celebración de los festejos de la Independencia en 1910; en este periodo se registraron en Buenos Aires ocho huelgas generales, una pesadilla para el poder, ya que los anarquistas habían convertido aquella ciudad soñada por sus prohombres, la del radiante Centenario, en una ciudad bañada por sangre y fuego. Contra los comportamientos

desordenados se desplegaba la represión policial, creándose una espiral de violencia en la cual el poder intentaba reducir esos comportamientos, reforzar las normas e interiorizar el orden social. La gestión de los riesgos hizo que los presupuestos policiales para la ciudad evidenciaran magnitudes abultadas: ya en 1906 el presupuesto policial para toda la nación equivalía, únicamente, al 42.7 por ciento del correspondiente a la municipalidad de Buenos Aires.³⁷ Indicador, por otro lado, de la magnitud de la represión sistemática que se ejerció por la vía policial en la capital federal en aquellos años y fruto de los incesantes conflictos obreros que se desarrollaron, de forma intensa, hasta la década de los años veinte.³⁸ Como indica Diego A. de Santillán, el poder logró neutralizar las manifestaciones obreras durante los festejos del Centenario, aunque “la historia recordará que para celebrar la fecha de la Independencia fue nece-

sario convertir a Buenos Aires en un campamento militar”.³⁹

Uno de los prohombres dedicados a la represión de causas subversivas fue Ramón Falcón. Enemigo acérrimo de inmigrantes y fanático represor de obreros, fue el jefe de la policía de Buenos Aires en esa primera década del presente siglo. Pero su destino estuvo marcado fatalmente por una bomba anarquista, lanzada por Simón Radovitsky, inmigrante y obrero, que vivió, milagrosamente, para contarlo. En el barrio de la Recoleta, en el Pilar, todavía yace erguido el monumento a un Falcón como figura alegórica de la fatalidad y la gloria; durante mucho tiempo, algunos han querido darle ese sentido trascendente a la existencia de un modelo ejemplar del hacer en la ciudad. Para otros, seguro que todavía muchos, hará recordar que en cada camino prescrito por el poder ha existido un sueño proscrito contra el poder.

Notas

¹ Discurso ante el Congreso al asumir la presidencia el 12 de octubre de 1880. T. Halperin Donghi (comp.), *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, p. 438.

² J. C. Portantiero, “Estado, clases dominantes y cuestión social en la Argentina”, en R. Bergalli y E.E. Mari (cords.), *Historia ideológica del control social (España-Argentina, siglos XIX y XX)*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 425-432.

³ Véase A. Ciria, *Partidos y poder en la Argentina (1930-46)*, Buenos Aires, Ediciones Jorge Álvarez, 1968, pp. 303-326.

⁴ H. A. Difieri, *Buenos Aires, geohistoria de una metrópoli*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1981, p. 154.

⁵ Citado en J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, México, FCE, 1965, p. 50.

⁶ Véase García, Rebok, Asato y López, *Imagen de Buenos Aires a través de los viajeros (1870-1910)*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1981, pp. 129 y ss.

⁷ D. F. Sarmiento, *Argirópolis. Obras completas*, vol. XX, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1896, p. 15.

⁸ Horacio Vázquez Rial, *Buenos Aires*, Barcelona, Destino, 1988, p. 101.

⁹ A. E. Lattes, “Las migraciones en la Argentina entre mediados del siglo XIX y 1960”, *Desarrollo Económico*, núm. 48, Buenos Aires, 1973, p. 851.

¹⁰ L. A. Romero, “Buenos Aires: la sociedad criolla, 1810-1850”, *Hoy es Historia*, núm. 61, Montevideo, 1994, pp. 59-60.

¹¹ M. Gutman y J. E. Hardoy, *Buenos Aires. Historia urbana del área metropolitana*, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 142 y ss.

¹² P. Santos Martínez, “En torno a la crisis financiera del 90”, *Boletín de la Academia de la Historia*, vol. LXI, Buenos Aires, 1988, p. 414. De poco sirvieron las proclamas de Francisco Uruburu, en la cartera de Hacienda, de que el país era rico porque sus fuerzas productivas estaban más potentes que nunca. Una revolución “desde arriba” se desembarazaba de un presidente, Juárez Celman, sin el concurso de las clases populares. Véase R. Tamagno, *Sarmiento, los liberales y el imperialismo inglés*, Buenos Aires, Peña y Lill Editores, 1963, pp. 420-421.

¹³ P. Santos Martínez, *op. cit.*, pp. 414 y 417.

¹⁴ Véase L. Ainstein, “El proceso de formación y administración territorial de Buenos Aires”, *Ciudad y territorio*, núm. 86-87, Madrid, 1991, pp. 499 y ss.

¹⁵ R. Cortés Conde, *Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial, 1850-1930*, Buenos Aires, Paidós, 1974, pp. 195-196. Los datos que maneja el autor, en el

caso concreto de Argentina, se refieren al periodo 1895-1914. De dichos datos se deduce que el 70 por ciento de la industria argentina, al final de ese periodo, estaba localizada en la capital federal y su provincia. Concretamente, 24,507 establecimientos industriales de un total de 35,152 habidos en todo el país.

En cuanto a los factores convergentes aludidos sobre localización, se priorizaban las zonas cercanas a los puertos —para las que usaban materia prima importada—, las que se dedicaban a elaborar materia prima nacional por el lugar en que se encontraban los recursos —si era para el mercado doméstico— y por el lugar en que estaban ubicados los puertos de exportación —si era para el mercado externo—.

¹⁶ Véase H. Sábato, "Ciudadanía, participación política y formación de una esfera pública en Buenos Aires, 1850-1880", *Siglo XIX*, núm. 11, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 1992, pp. 67 y ss. La frustración de esa voluntad de la burguesía de crear una esfera pública que permitiera la gobernabilidad de lo social —y que prolongaría las tesis de la autora más allá de 1880— queda patente en la afirmación: "paradójicamente no contribuyó a la construcción de una ciudadanía política, restringida o no" (p.72). Todavía en 1912, año del cambio de la Ley Electoral, el problema no era cómo ampliar la ciudadanía sino cómo crearla.

¹⁷ Citado en G. Beyhant, R. Cortés Conde, H. Gorostegui y S. Torrado en varios autores, *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1965, p. 94.

¹⁸ N. Chichevski y A. Rofman, "Planificación regional y urbana en la Argentina. Una revisión crítica", *Ciudad y territorio*, núm. 79, Madrid, 1991, pp. 65-66.

¹⁹ Véase D. Barrancos, "La modernidad redentora: difusión de las ciencias entre los trabajadores de Buenos Aires, 1890-1920", *Siglo XIX*, núm. 12, Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 1992, pp. 5-21.

²⁰ Citado por D. Barrancos, *op. cit.*, p. 16. El conocimiento de la naturaleza, expresado en teorías evolucionistas —sobretudo de Lamarck y Spencer— era la línea de convergencia y solución de los conflictos que la burguesía bonaerense poseía, entre otras, como base morfológica de la reforma social. Transformar las costumbres para hacer un uso más racional y científico —no olvidemos que el taylorismo estaba en su apogeo— del tiempo del obrero y del uso de su salario. El perfil de los cursos estaba marcado por los temas dedicados a la higiene pública y privada y a la medicina básica —prevención del alcoholismo, puericultura, el ejercicio físico, etcétera—. Transformar el entorno físico para encubrir la realidad social. El mismo Partido Socialista vislumbró en este tipo de sociedades el dispositivo perfecto para aglutinar una militancia domesticada en los saberes de una ciencia que, en el fondo, le era del todo ajena. En 1919 se crea una entidad, hermana de la Sociedad de la Luz, el Ateneo Popular, en la que, sorprendentemente, se enseñaba una pseudopsicología de talante socialista.

²¹ En un mensaje al parlamento en 1904, el presidente Julio A. Roca exponía sus tesis de resolver los conflictos para adelantarse a acontecimientos no previsibles: "Una larga experiencia ha indicado a los gobiernos el camino más certero para conjurar las crisis violentas, y es el que consiste en adelantarse a los sucesos que han de ser inevitables, ofreciéndoles derivativos que han de ser fecundos en ventajas", citado en J. C. Portantiero, *op. cit.*, p. 424.

²² C. F. J. Panattieri, *Argentina: historia de un país periférico. 1860-1914*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986, pp. 199 y ss.

²³ Véase J. R. Scobie, *Buenos Aires. Plaza to Suburb, 1870-1910*, Nueva York, Oxford University Press, 1974.

²⁴ Los conventillos eran viviendas colectivas donde se alquilaban habitaciones a los obreros. Sus condiciones de habitabilidad eran deficientes en extremo por la carencia de todo tipo de equipamientos de primera necesidad —baños, cocinas, suficiencia de aire, iluminación, etcétera—. Acerca del conventillo, véase el artículo de H. Vázquez Rial, "Tu cuna fue un conventillo. El problema de la vivienda en el Buenos Aires de la vuelta de siglo. El conventillo", en varios autores, *Ciencia e ideología en la ciudad II*, Valencia, Generalitat Valenciana, 1991, pp. 167-174.

²⁵ L. Gutiérrez, "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914", *Siglo XIX*, núm. 6, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 1988, pp. 47 y ss.

²⁶ G. Bourdieu, *Urbanisation et immigration en Amérique Latine. Buenos Aires (XIX et XX siècles)*, París, Aubier, 1974, p. 252.

²⁷ A. Latino, *Tipos y costumbres bonaerenses*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1886, p. 117.

²⁸ Sobre estos aspectos, véase el interesante estudio de L. Gutiérrez. "Los trabajadores y sus luchas", en J. L. y L. A. Romero, *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Abril, vol. II, 1983.

²⁹ Véase S. L. Baily, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pp. 34 y ss.

³⁰ *Anales de Legislación. Argentina: 1889-1919*, Buenos Aires, La Ley, 1941, pp. 560-561.

³¹ M. Aspell, "La Ley 4144 de 'residencia'. Antecedentes, sanción y aplicación", *Revista del Instituto de Historia del Derecho*, núm. 25, Universidad de Buenos Aires, 1979, pp. 53 y ss.

³² Véase H. Cordone, "Movimiento obrero y control social en Argentina hasta 1910", en R. Bergalli y E. E. Mari, *op. cit.*, pp. 467-474.

³³ Véase I. Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo XXI Editores, 1978, pp. 283-330.

³⁴ G. Germani, "La estratificación social y su evolución histórica en Argentina", en J. F. Marsal (ed.), *Argentina conflictiva. Seis estudios sobre problemas socia-*

les argentinos, Buenos Aires, Paidós, 1972, pp. 102-103; véase también E. R. Saguier, "En torno a una sociedad de clases: una hipótesis sobre la ciudad de Buenos Aires", *Revista de Historiografía y Bibliografía Americanistas*, vol. XXX, núm. 2, Sevilla, 1986, pp. 31-68.

³⁵ R. Barret, *Obras completas*, Buenos Aires, Ediciones Solidaridad Obrera, 1954, vol. I, pp. 179-180.

³⁶ Véase E. J. Bilsky, "Aux origines de la tradition soviétique en Argentine: le syndicalisme révolutionnaire (1904-1910)", *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 9, París, 1990, pp. 83-87.

³⁷ S. Bagu, *Evolución histórica de la estratificación social en la Argentina*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1969, pp. 105-106.

³⁸ Uno de los principales objetivos que la policía lastro entre sus ineludibles tareas, durante mucho tiempo, fue la de "desbaratar planes anarquistas". A este respecto puede consultarse la obra *Policía de Buenos Aires. Memoria, antecedentes y datos*, Buenos Aires, Imprenta de la Policía, 1929, en especial, pp. 19 y ss.

³⁹ D. A. de Santillán, *La Fora*, Buenos Aires, Ediciones Nervio, 1933, p. 212.

